

—¡Qué silenciosamente vuelan! —dije.

—Sí, la ciudad está oscurecida, contestó mi amigo. ¿Tiene una linterna? Pues ilumíneme y yo le leeré algo de un periódico de hace más o menos un mes. Aquí está, escuche: «El oscurecimiento reinante durante la guerra permitió a los ornitólogos un descubrimiento nuevo. Hasta entonces se creía por regla general que las aves migratorias que viajan de noche se guían por las luces de las ciudades. Ahora sabemos con toda certeza que estas aves, en una oscuridad total, vuelan siguiendo la misma ruta. Es muy interesante el hecho de que las aves que sobrevuelan las ciudades oscurecidas no emitan el menor ruido, mientras que antes, sobre todo los gansos salvajes, gritaban fuertemente. El motivo de su grito eran probablemente las luces de las ciudades. El que incluso en plena oscuridad encuentren el camino correcto, demuestra que tienen cierto sentido de la orientación que todavía no ha sido investigado, pero que se conoce hace ya mucho tiempo en los demás animales que vagan por los desiertos y las estepas...»

—¡Dios mío! —añado yo— ha leído usted que tienen sentido de la orientación, es decir algo que a nosotros, los que hemos sido arrojados, nos falta por completo. Si hasta ahora hemos acertado a dar con los mataderos y las batallas.

—Y esto que usted no dice desde dónde vamos hacia ellos ni de qué piedras miliare y mojones nos servimos. Cuando uno recorre el campo y pregunta por el camino, le dicen siempre: «Vaya hacia el cementerio... y luego tome a la izquierda, etcétera.» ¡Vaya hacia el cementerio!

—Ya en los cuentos de hadas, la dirección hacia abajo significaba siempre la muerte. Quizá por ello se me antoja hoy el paso de las aves que susurran por encima de nuestras cabezas como el inmortal espanto de todos nosotros que no queremos morir aún y dolorosamente felices recordamos a toda prisa el susurro de las sedas de los vestidos femeninos que excitaba a Poe, el susurro de las palabras de Orfeo y de los ideales, mejor los mágicos números de Pitágoras, el susurro que emite el ala del gallo que galantea cuando choca con el espolón...

—El sufrimiento es en verdad la única realidad innata de toda la vida... Todo lo demás son imágenes póstumas...

—Imágenes póstumas... Así abre Da Vinci las jaulas de los pájaros, así deja Mánes en libertad el pez navideño y Antonín Dvorák el tordo...

—¿Los oye...? Las alas se han acallado.

—La melancolía sin criaturas... El hombre tiene que sobrellevar sólo...

—Hasta ellas se sienten incómodas en este mundo enfurecido. Ilumíneme otra vez, le leeré algo del año 1940: «En el pueblo de Pantano, junto a Siracusa, encontraron un espléndido ejemplar de ave del paraíso con el ala izquierda herida. En una pata llevaba sujeta una placa de aluminio indicando que era un ave del paraíso del parque zoológico de Varsovia. No fue el primer pájaro expulsado de Polonia por los acontecimientos bélicos, llegó luego a Italia y fue capturado...» Pero le entristezco y le abrumo a usted (como un Tenebrarius cualquiera) tristeza tras tristeza, debido a que usted me ilumina como Lucidarius estos miserables harapos...

—Sé que por ellos podría usted leerme noticias aún más lúgubres. ¿A dónde habrá huido el ave del paraíso desde Sicilia, en el año 1943?

—Si es para mí el símbolo del juicio que se acerca, y del castigo y de la expiación..., entonces habrá volado hacia Alemania.

Pero justo en este momento chocamos con una valla asquerosa sobre la que brillaba un anuncio pintado con cal:

¡Vendo 30 ataúdes, barato,
cierro almacén!

anuncio que, como oferta, a nosotros en épocas de absoluta escasez nos sorprendió... Prometes-y-no-das... Nos quedamos allí mudos. Pero como estábamos superdemacrados, y hasta casi descorpados (de verdad que no nos hubiera sido difícil imaginar la pirámide de Keops vista desde el avión), concluimos que, más próximo a nosotros que un ataúd, nos era un pesado:

—Mebnir —como dijo mi amigo.

—Túmulus —le repliqué yo.

—Kurgan, zalnik o buhor.

—Lichaven.

—Porque es probable que el alma, con toda certeza, exista. Pues el mismo científico (astuto, pero para las perdices muertas), un tal doctor Max Dougall, colocó a un enfermo en trance de muerte en una báscula de precisión construida especialmente. En el momento en que se produjo la muerte, el peso disminuyó en 21 gramos. ¡Se dedujo que éste era el peso del alma fugitiva!

—Tanto más partidario soy de las inmediaciones de un dolmen.

—¡Ojalá sea un mound!

—¡Stuna!

—¡Barrow!

—¡Subutgan!

—¡Cromlech!

—¡Cues, cubes, tzacuales!

—¡Kereksura!

—¡Choir Gaur, tongajský hamonga!

—¡Sobotok! ¡Chorten!

—Ser enterrado al modo antiguo.

—Y no saber nada de las preocupaciones de un mecánico dental al que le salen canas de pensar qué pasará con el oro durante la cremación.

—Y no horrorizarse de que existan las llamadas cartillas de racionamiento de los muertos, o sea, que en el cuarto año de la guerra, las autoridades «empezaron a controlar seriamente las esquelas mortuorias de los periódicos y a solicitar a los parientes que les devolvieran la cartilla del difunto, para asegurar así un control más estricto de las raciones, ¡porque con las cartillas de los muertos se cometían muchos abusos»!

—Y no saber nada de las mujeres preñadas, pues «podemos compadecernos más cuando el niño nace que cuando muere», confiesa uno de los viejos fanáticos religiosos checos, Matyás Machek...

—No se diferencian en nada de los trágicos antiguos o de los poetas, de los que Teognis se lamenta:

Mejor sería para el hombre no haber nacido,
¡no ver nunca los violentos rayos del sol!
Pero una vez nacidos, apresurémonos tanto como podamos
hacia las puertas del hades, hondo bajo tierra,
para descansar...

—¡Casarse con la madre tierra!

—Y desde la tumba, dejando atrás el Almario, ¡salir al Nuevo mundo!

—Herodoto describe cómo los viejos trausos se sentaron alrededor del recién nacido aullando y diciendo que desde el mismo nacimiento sufriría muchas penas, enumerando toda clase de desgracias humanas.

—En una antigua obra de teatro navideño, se cantaba, junto al pesebre de Cristo: «De tristeza y llanto es digno, el que ha nacido...»

—Y Jeremías cacarea: «Maldito el día en que nací: el día en que mi madre me parió, no sea bendito. Maldito el hombre que lo comunicó a mi padre, diciendo: Te ha nacido un niño, un hijo varón... Sea este hombre como las ciudades que destruye Yavé sin compasión: donde por la mañana se oyen gritos y al mediodía alaridos. ¿Por qué no me mató en el seno de mi madre, y hubiera sido mi madre mi sepulcro?...»

—Pero a la vida no le importa y le es indiferente que Atropa y bella-donna quiera decir belladona, y vigne-vierge dulcamara venenosa. El vertiginoso subsuelo sexual sigue levantando los mayos²¹ en nuestro país y patlancuáhuítl en Méjico... La velluda psicopatía sexualis sigue siendo la misma ventana del calabozo por la cual el rey Jaime I observaba las piernas de Jean de Beaufort... El confesar de Ofelia sigue teniendo la oreja velluda por donde penetran las inflamadas palabras de ella... De entre las setas sigue siendo todavía el phallux impúdicus en el corazón del bosque, el que al mirar a las ondinas salpica a las moscardas y escupe en las fuentes.

—Y las mujeres siguen peregrinando de Afroditopolis al negro meteoro de la Caba.

—O a la bañera de Marat...

—La eternidad del movimiento progresivo-paralítico de la serpiente, cortado por el odioso gozo... como con acierto vio Kagarov en el fetiche del hacha doble de Creta, el «símbolo de la mujer y la fertilidad, ¡ya que recuerda con su forma el triángulo hipogástrico»!

—¡Qué oscuridad! Negro como Saturno... La negrura mortal de la letra tibetana hum... El semen negro de los hombres, y no sólo el de los etíopes, como suponía Herodoto... El coño negro de la guerra...

—Oscuridad en la oscuridad...

—¡Furioso movimiento de ambos!

—¡Furiosa libido!

²¹ Máj. En los pueblos los chicos levantan un tronco muy liso acabado en una coronita con cintas. El último día de mayo lo derriban. Durante el mes deben vigilarlo para que no lo derriben los jóvenes de otra aldea.

—¡El planeta Eros, sin duda alguna, gira entre la Tierra y Marte!

—¡El destino! El destino poderoso en el lecho.

—Destino-expulsión-condena.

A pesar de que no se oía de ningún lado la voz lúgubre del búho o el arrullo, levantamos involuntariamente los ojos hacia la noche y vimos caer una estrella fugaz (ígneo fenómeno aéreo, como solía decirse). Mi amigo susurró:

—Según los documentos antiguos, el diablo fue arrojado del cielo en agosto...

—Los samoyanos estaban convencidos de que semejante estrella fugaz es «una estrella que va en busca de la luz²²».

—Sí, ¡poesis perennis!

Nota introductoria y traducción:

CLARA JANES

Modesto Lafuente, 60, 7.º D

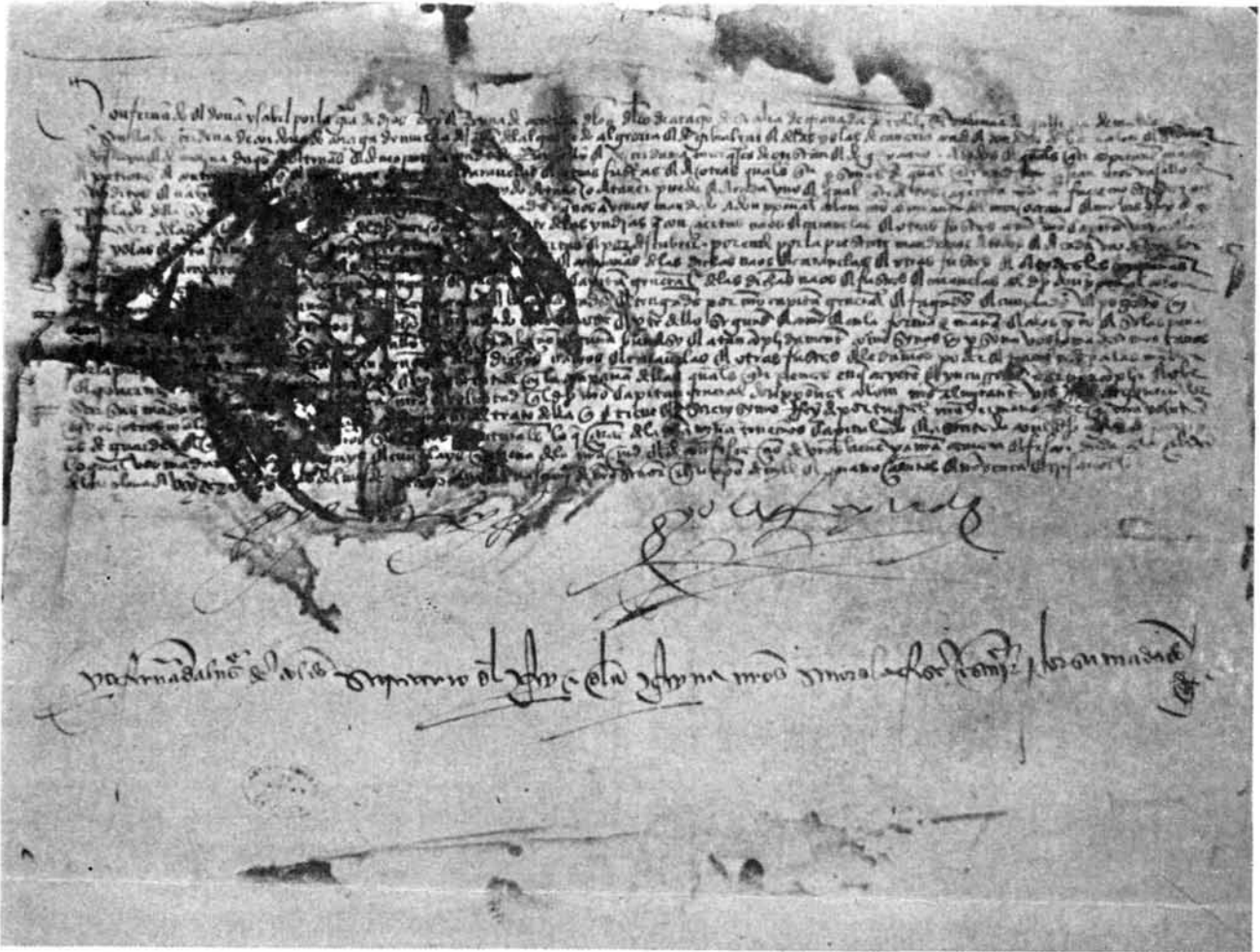
28003 MADRID

VLADIMIR HOLAN



Ventana de la casa de Holan en Kampa

²² Dada la dificultad de este texto la traducción ha sido consultada con el profesor Oldrich Tichý, de la Universidad de Praga y con Fernando Valenzuela (C. J.).



Sobre estas líneas, la «Provisión de los Reyes Católicos», por la que se nombra a Cristóbal Colón Capitán General de la Armada que iba a las Indias. Fecha: 28 de mayo de 1493, Barcelona.
 Abajo, una muestra del «Libro de las Profecías», colección de Memorias manuscritas de Cristóbal Colón.

